

## Duodécima Conferencia. 1º de noviembre de 1916.



George Groddeck  
Biblioteca de Psicología Profunda.  
Editorial Paidós. 1983.

Lamentablemente mi última digresión acerca de la fantasía en la vida de los seres humanos no satisfizo del todo las esperanzas que yo tenía puestas en ella. Algunos opinan que no tienen sentimientos de omnipotencia y de responsabilidad. Es lamentable que yo deba suponer que no se cree totalmente lo que digo. Si se reflexiona sobre ello se comprobará que, a pesar de todo, este sentimiento se posee. Generalmente uno no se encuentra en condiciones de captar sus propias fantasías, y esto es lo más arduo en el tratamiento de los enfermos, pero es precisamente eso lo que más cuenta. Todo enfermo cae siempre enfermo a causa de sus fantasías; lo que vale es exponerlas de modo que podamos captarlas. Para llegar a un resultado, es necesario aprender a hacerlo. Tras estas precisiones, que en rigor no forman parte de mi tema, vuelvo a coger el hilo y vuelvo sobre las relaciones que la vida infantil mantiene con el medio que la rodea. A este respecto quisiera rogarles a ustedes que no olviden que ningún ser humano tiene la edad que marcan sus años, que hasta el fin de su vida sigue siendo niño, niña, pequeño. No existe el pasado; nunca se deja atrás el período de la infancia y siempre se mantiene la dependencia con respecto a las experiencias infantiles.

Al hablar de la vida del niño me he referido, en último lugar, a una singular representación, relacionada con el embarazo y el parto. Querría proseguir a partir de ahí, poniendo además de manifiesto que, con el nacimiento, aparece en el alma infantil algo de suma importancia: los hermanos y las hermanas. El nacimiento de un hermano o de una hermana tiene un enorme alcance que perdura. Me gustaría intentar exponer con claridad las especiales situaciones que a menudo se me han comunicado. El nacimiento de la hermana o del hermano no sólo tiene significado para el niño mayor que va a ocuparse del proceso; este nacimiento tiene una trascendencia que incumbe sobremanera al propio niño recién nacido. En el instante en que aparece un niño menor, el mayor se siente destronado. Ya no es el soberano único, y ésta es la primera experiencia triste e imborrable que sufre. Ya durante el embarazo del segundo hijo, el amor de la madre se vuelca hacia el esperado. La madre se hace más prudente; ya no sienta a su primer hijo en las rodillas, o sólo lo hace con mucha prudencia, y a menudo, se le prohíbe al niño en un tono tajante, ser revoltoso con la madre. Ya no puede darle empujones ni golpes, ni tampoco brincar sobre su vientre y es entonces cuando le asalta este sentimiento: mamá ya no me quiere.

A ello se añade luego el nacimiento mismo, que no ocurre sin dejar huellas en el niño mayor. Uno de los hechos más curiosos es que los niños olvidan después, casi por completo, la manera en que sucedió el alumbramiento. Si el niño tiene sólo uno o dos años, los celos no son tan intensos; pero si tiene tres o cuatro, entonces sí lo son, y la atención se dirige claramente hacia el proceso del nacimiento. Los niños observan muchas más cosas de las que uno cree. Surgen impresiones que no pueden ser desdeñadas. Muy en primer término, el niño tiene la impresión de que la madre sufre unos dolores atroces y sangra; ambas impresiones son decisivas en la relación con la madre. Al niño le asalta esta idea: mi madre arriesgó de igual modo su vida por mí, lo mismo que por el recién nacido; por mí sufrió los mismos dolores. Y así surge en el alma de los niños el sentimiento de deuda. Cuando los padres hablan a sus hijos acerca de todo lo que éstos les deben, hacen una gran tontería. Por otra parte, cuando el niño ha asistido al nacimiento de otro hermano, comienza a tener mala conciencia, y ello por una razón muy precisa. Todavía conserva dentro otra impresión que orienta su pensamiento; no sólo siente: “yo desgarré a mi madre igual que lo hizo mi hermanito”. También le asalta la idea de que quien maltrata a la madre es el padre. Y el niño presta así mayor atención

a la efusión periódica de sangre relacionándola con los malos tratos del padre. Efectivamente, el niño asiste al combate amoroso de los padres y lo relaciona con sus propios pensamientos. Tiene la impresión de que el padre le hace daño a la madre. Después ve la sangre menstrual en la ropa interior o en cualquier otro objeto y experimenta tal impresión y tal odio hacia el padre, que este suceso no dejará posteriormente de producir consecuencias. Súbita e intensamente han despertado los sentimientos de solidaridad y de gratitud hacia la madre, todo lo cual tiene importantes consecuencias para la salud. La madre es la persona en torno a la cual gira la vida sana y la vida enferma del ser humano; y en consecuencia, la madre es la responsable de muchas enfermedades. En efecto, lo es, sólo que busca su responsabilidad en terrenos equivocados. Nunca hay que llamar a los niños al deber de gratitud, en todo caso es mejor recordar el cuarto mandamiento, que debería fijar una recompensa a la gratitud de los hijos. Dos sentimientos se combinan: por un lado, he hecho daño a mamá, debo agradecerle, debo servirla; y por el otro, mi padre es quien la maltrata, tanto que ella sangra. A esto se suma otra representación, como es que el hijo sale por el ombligo. Es ésta una creencia muy difundida en todo el mundo, y no hay niño que no la comparta algún tiempo; está en relación con la idea del mal trato por parte del padre. El niño juega en el jardín y ve cómo se planta algo. Luego toma un palo, hace un agujero en la tierra y mete dentro una castaña o una nuez, con la esperanza de que saldrá un árbol. Así pasa con los hijos, piensa.

El padre tiene un palo –su instrumento sexual-, agujerea a la madre en el ombligo y después un trozo es tapado por encima de la misma manera que se recubre con tierra el agujero del suelo; cuando el niño viene al mundo, todo ocurre en ese sitio. Es uno de los fundamentos en que se basa lo que dije al principio: el odio que los niños sienten hacia los progenitores, y más especialmente hacia el padre. Este odio queda reforzado por otra cosa, a la que ya hice referencia: un sentimiento de competencia experimentado por el niño con respecto al padre, una relación de rivalidad y celos. A menudo esto interrumpe la relación de ternura existente entre el niño y la madre. Y además hay otra cosa: la costumbre de llevarse al niño a la cama. Las madres lo hacen cuando el niño es pequeño; tienen que hacerlo, aun que sólo sea para darle el pecho. En efecto, la cama de la madre es el lugar más dichoso para el niño, no solo porque sea grande, y allí pueda acostarse a sus anchas, o porque sea allí donde juegan con él, sino también porque siente a su lado el calor de un ser humano y entabla la más estrecha relación sexual con la madre. Un contacto de dos seres humanos que se produce tan estrechamente, ya debe ser calificado de relación sexual. No hay que poner en duda que el hecho de acostarse de ese modo en la cama de la madre despierta una relación sexual simple e intensa. Esta excitación se va intensificando a medida que el niño crece, y pierde su inocencia cuando el niño va tomando conciencia de ella. Un niño de dos o tres años siente grandes deseos de ir a la cama de la madre y para ello se vale de todos los pretextos posibles. No se duerme, tiene miedo, se agita durante la noche: tiene el deseo de estar en cama con mamá. En la mayoría de los casos, el insomnio de los seres humanos reside en el hecho de haber sentido en otros tiempos con demasiada intensidad el deseo de estar en la cama de la madre, porque esto era indispensable. Lo más curioso es el sentimiento de celos que se despierta con respecto al padre.

El niño observa que hombre y mujer duermen en la misma cama; esto no le gusta, no puede concederle al padre esa posición de privilegio. Si las camas están juntas, él se acuesta preferentemente entre los padres, pero siempre más cerca de la madre. De ello deriva el odio al padre. Y ya se marcan también las preferencias sexuales: la hija ama más al padre; el hijo, a la madre. Si existen excepciones, éstas se deben a sucesos de la infancia, que hacen que esta ley no se cumpla. Esto se explica por el hecho de que el primer amor sexual se dirige al progenitor del sexo contrario. Cierta preferencia se esboza ya en lo que el muchacho y la niña sienten en su alma. En la niña aparece el amor sexual por el padre, y de ahí que en ella no esté presente con tanta intensidad como en el niño el odio por el padre. En el niño, junto a los celos surgen los celos sexuales. Quiere ser mayor, quiere ser el hombre de la madre. Los niños juegan a ser el padre, toman su bastón, se ponen su sombrero; pero en realidad es porque lo odian: “no debería existir, habría que matarlo”. Quiero llamar la atención sobre las relaciones existentes entre esta representación infantil y la de los mitos. El ejemplo típico lo tenemos en la leyenda de Edipo, que nos interesa especialmente porque puede ilustrar algunos procesos que ocurren en el alma de los soldados que están en el frente. Los sucesos se hallan expuestos con toda claridad en esta leyenda. Se trata de lo siguiente: una profecía predice a un rey que perderá su vida a manos de su hijo. El rey quiere hacerlo matar. Pero el niño, una vez abandonado, es

hallado y educado por una pareja real que no tiene hijos, y él se considerará siempre hijo de estos padres. Crece, y en Delfos el oráculo le predice que habrá de dar muerte a su padre, se casará con su madre y luego tendrá hijos con ella. Para evitarlo, decide no regresar a Corinto, donde había sido criado. Emprende viaje y encuentra un carruaje cuyo conductor le invita a sentarse a su lado. Entablan una discusión y mata al hombre en el carro: éste era su verdadero padre. Llega a Tebas, libera a la ciudad de un monstruo, lo proclaman rey y recibe por esposa a la viuda del hombre abatido: es su madre, pero él no lo sabe. Del matrimonio nacen varios hijos. Hasta que llega el gran día, la madre se ahorca y el hijo se saca los ojos. Es exactamente lo que dije antes. Ahí tenemos, metamorfoseado en el mito el deseo del hijo de casarse con su madre, de tener contacto sexual con ella y de matar al padre. Cada mito ha surgido de un sentimiento infantil ingenuo y contiene una verdad fundamental. Este mito sigue estando vivo. *Oedipus rex* ha pervivido hasta nuestros días. Todo aquel que haya oído alguna vez esta leyenda, o que la haya leído, la guardará en su memoria, porque en ella hay algo que concierne a todo el mundo. En ella se expresan la idea del homicidio y la del incesto. Es preciso insistir: en sí mismo, el incesto no tiene nada de antinatural. Todo niño tiene el deseo del incesto con los padres, las hermanas y los hermanos. Es un pensamiento que únicamente es compensado por influencias posteriores.

Sin embargo, a nuestra época le falta comprensión hacia esto, y hace milenios tampoco la había, pero de todos modos queda expresado en este curioso mito y aparece también en los sueños. Los sueños de incesto son más frecuentes de lo que se supone, y no se sienten como algo malo. En sueños, una niña tiene relaciones sexuales con su padre, y el niño con su madre, y esto no los aflige. Sólo cuando el elemento perverso supuestamente en acción pasa a un primer plano se manifiesta el sentimiento de angustia y depresión. Pero la mayoría de las veces se recibe el sueño inocentemente, como algo especial que no se concibe como antinatural. Sobre las razones que, pese a todo, llevan a la naturaleza a excluir del ámbito de lo posible la relación sexual entre parientes cercanos, no puedo hablar por el momento. Las fuerzas que nos alejan de los padres prevalecen con mucha fuerza; estos sentimientos son transformados en respeto y veneración, y el sentimiento sexual pasa cada vez más a un último plano. Respecto de las relaciones con el padre y la madre, yo hubiera querido y debido hablar un poco más detalladamente y referirme a ellas junto con las primeras relaciones entre el hermano y la hermana. También he mencionado éstas por citar otro grave crimen de los niños: el deseo de muerte que tienen hacia sus hermanos y hermanas. El recién nacido es un rival para el mayor, lo cual explica gran cantidad de pequeños celos. De ahí surge el deseo de que habría que vender o abandonar al menor. La historia de José y el asesinato de Abel por Caín tienen igualmente relación con ello. Son deseos que reaparecen posteriormente, y con frecuencia se reprimen, lo cual provoca graves dificultades, sobre todo remordimientos, porque se inculca el amor fraterno. Pero ocurre un acontecimiento más grave aun, ya que nace un tercer hijo, y entonces se llega con frecuencia al acto mismo; el niño intenta dar muerte a la criatura en gestación. Ya ha tenido su experiencia con el primer hijo, cuando la madre le impedía que la golpease en el vientre. No debía saltar en su regazo; esto ha quedado grabado en su memoria. Por ello, si el sentimiento de celos hacia el nuevo hijo fue fuerte, y ahora llega otro más, entonces el niño saltará seguramente alguna vez sobre la madre, sobre su vientre, con la decidida intención de eliminar a la criatura. Este intento de homicidio, si queda en la memoria, puede llegar a ser más importante. Esta tentativa de muerte puede tener algún resultado: la madre tal vez sufra dolores o tenga una hemorragia. Entonces interviene el padre y hace “¡guau guau!” y luego llega el doctor. El padre, la madre y el doctor le dicen entonces al niño el inconcebible crimen que ha cometido, lo cual le provoca un tormento que jamás olvidará; es algo que permanece toda su vida y la destruye. Si luego no se intenta hacerle ver que no es nada grave, ese sentimiento destruye el equilibrio espiritual hasta el extremo de provocar graves enfermedades. A ello están vinculadas algunas representaciones religiosas, como la historia de Caín y Abel. Es un ejemplo de la claridad con que los mitos expresan los sentimientos del espíritu humano. He querido exponer estas cosas con más detalle porque son muy características y porque además proporcionan una idea de las complicaciones que todo esto acarreará más tarde. Hay hijos que se entienden entre sí excepcionalmente bien; se les educa de la misma manera; por una parte tienen una gran inclinación uno por el otro, y por otra sienten una gran aversión. Esto lleva al sentimiento de ser extraño o muy cercano; ambos aspectos son molestos, y resulta difícil establecer un equilibrio. Esto es válido también en la relación de los hijos con los padres y de los padres con ellos, de lo cual provienen enfermedades muy complicadas.

Todos los días, a todas horas, surgen de nuevo estos conflictos, porque uno se encuentra con los padres, los hermanos y las hermanas, que tienen los mismos ademanes, el mismo olor, etcétera.

Esas primeras impresiones de la infancia nunca se borran y siempre producen las mismas perturbaciones y en un mismo sentido. Para minar una muralla no es necesaria una tempestad; basta con unas gotas de agua que caigan sin pausa sobre ella. También quisiera señalar brevemente cómo estos aspectos están en relación con la guerra y por qué revisten ahora un interés especial. Las he experimentado; he interrogado a muchas personas para saber qué se imaginaban que les iba a ocurrir si regresaban al frente, y casi siempre he tenido esta respuesta: los ojos serán arrancados por una bala. Son los ojos de Edipo, los que éste levantó hacia su madre. Edipo se ciega porque a su madre le gustaban esos ojos, porque ellos son un orificio sexual, porque por ellos pecó él. Es un fenómeno curioso, en efecto. Si hay tanta gente que cuando va al frente tiene miedo de perder los ojos, es porque con los ojos hemos cometido la mayoría de los pecados. Es algo que se expresa del mismo modo en una serie de tradiciones y de leyendas: volverse ciego si se ve a una mujer desnuda, si uno ve a su madre, etcétera. La orientación del pensamiento hacia los ojos mutilados por las balas es muy curiosa. No hay mucha necesidad de remontarse a la guerra.

Como ya dije anteriormente, el deseo de suicidio es un deseo de autosatisfacción, un deseo de onanismo. Un hecho bastante llamativo es que las personas que quieren saltarse los sesos piensen a menudo: “la bala se desviará, no me matará, pero me dejará ciego.” Este es un caso frecuente. El suicida quiere satisfacerse y castigarse a sí mismo, haciéndose saltar los ojos, cegándose, porque a cada hora y a cada minuto peca con ellos. El sentimiento de pecado no consiste sólo en el hecho de contemplar seres desnudos, espiar a los demás cuando orinan o se desvisten, en mirar obras de arte y estatuas, sino que es también toda la simbología del mundo lo que entra aquí en consideración: las chimeneas, los campanarios, las rosas, los jardines, el hueco de las cerraduras, las hendijas en las puertas, todas estas cosas tan relacionadas. Hay un pecado de los ojos que es particularmente importante; en verdad, son dos pecados y abarcan un amplio territorio: por una parte el gallo y la gallina y por otra los perros. Ya he llamado la atención sobre la relación del gallo con la vida sexual: campanario, gallo doméstico, son designaciones de los órganos sexuales masculinos. Los niños sienten un gran interés por la actividad del gallo. Ahí interviene la comparación con el padre. Saben que sin gallo realmente no hay pollitos. Es el mismo proceso que tiene lugar en el padre. Y además el niño tiene la impresión de que el gallo maltrata a la gallina, la agarra por la cresta, se sujeta firme, y la gallina chilla. El niño tiene así la impresión de que ocurre algo terrible. Que en el fondo esto le resulta agradable a la gallina, es algo que se le escapa. Las niñas tienen la costumbre de perseguir al gallo; los muchachos no. Aquí entra en juego cierta envidia, pues son procesos importantes, y también el gran volumen de la cresta juega un papel. Pero el perro es aun más importante. Por la calle no se puede pasar sin verlo. Se comporta tan libremente, que provoca escándalo a todas las madres y educadoras. El niño tiene entonces este pensamiento: aquí sucede algo indecente, y no debo verlo. Así se interesa más en ello y siente vergüenza. Ocurre que si el niño se detiene interesado, en lugar de dejarle mirar tranquilamente, le espantan con estas palabras: “un niño juicioso no ve estas cosas”. Se despierta así el pensamiento de lo prohibido y se refuerza la idea de que el perro es como el padre, lo mismo que el gallo y el caballo. Es el guardián de la casa, ladra, es ruidoso, tiene fuerza, y el padre además juega al perro con el niño. Es el perro porque maltrata a la perra, salta sobre ella, exactamente así como hace el padre. Y surgen curiosas relaciones, que incomodan tanto al pequeño como al adulto: el husmeo mutuo de los perros en sus órganos sexuales. Esto no le resulta chocante al niño pequeño, pero sí al niño un poco mayor. Esto pesa gravemente, pero el adulto es tan tonto, que no sabe que el goce sexual de la mujer es decisivo para el hombre. Los más sagrados sentimientos de amor no se despiertan por ninguna otra cosa que por el olor. Hay un centro nervioso en la nariz cuya anestesia ejerce gran influencia sobre los órganos del bajo vientre.

En realidad, hablar de órganos sexuales es una tontería. Cada parte del ser humano es un órgano sexual; no lo es para engendrar seres y procrear, sino porque los sentimientos de amor están en los sentimientos creadores del ser humano. Los ojos, los oídos, la nariz, la boca, los pechos, los pies: todo puede tomarse, en cierto modo, como un utensilio sexual. Hay que recordar que un ser humano jamás introduciría en la boca un dedo o un cigarro si esto no fuera un acto sexual simbólico. Es un gran error creer que hay órganos sexuales especiales. Esto es necesario en la medicina, pero ni el comercio ni la codicia tienen vinculación con los órganos. La satisfacción es provocada por la retención de la orina y de las materias fecales en el

recto. La principal causa de estreñimiento es el impulso onanista. Casi siempre esto produce únicamente cierta satisfacción, pero a veces también puede llevar al placer, debido a la contracción de los músculos, dicho sea de paso.

Al hablar de los perros he mencionado el husmeo; es importante añadir a ello el lamido de los órganos sexuales, un capítulo importante, cargado una vez más de espantosos horrores. Los animales lo hacen; los seres humanos también necesitan hacerlo, y el niño en el grado más alto. El niño necesita deslizarse de nuevo entre los órganos sexuales de la madre. Una de las expresiones de ternura en la mujer, si ama a su marido, es: “me gustaría meterme dentro de ti”. Y a esto hay que añadir además otra observación: la de la homosexualidad, la relación anal. Por hoy es suficiente, pero hay algo más: es un error creer que la homosexualidad es una perversión, o que existe algún alma humana que no tenga inclinaciones homosexuales. Es un error.

Creo que entre hermanos y hermanas debe de sentirse un fuerte afecto, porque tienen la misma sangre, porque han sido criados de la misma manera, porque respiran la misma atmósfera. Pero pese a estos fortísimos lazos de parentesco sanguíneo, el odio intermitente que surge de la rivalidad puede llevar en determinadas circunstancias a un completo alejamiento, y puede conducir el fratricidio. El punto de partida es que hermanos y hermanas poseen vínculos muy fuertes, pero éstos deben ser relajados por medio de otras particularidades, pues de lo contrario el vínculo seguirá siendo demasiado fuerte.

*Volver a Publicaciones de Groddeck*  
*Volver a Newsletter 11-ex-37*